
















Ribera de tus ojos

Ida Talavera

Ribera de tus ojos es una selección de obras de Ida Talavera.

EQUIPO EDITORIAL ATLAS S. A.

Consejo Editorial:
Lic. Pedro A. Moreira L.
Dr. Walter Bastos Salmena
Mgtr. Juan José Moreira Espínola

Dirección Editorial:
Lic. Silvia Carolina Gómez Santacruz

Dirección Comercial:
Lic. Diego Sebastián Manera

Dirección de Proyectos:
Lic. Elina Aidee Arrúa Mendoza

Autoría:
Ida Talavera

Selección de textos:
Milia Gayoso

Coordinación de Corrección:
Prof. Karen Rocío Cuenca Rodríguez

Corrección:
Prof. Karen Rocío Cuenca Rodríguez

Coordinación Gráfica:
Jorge A. Leguizamón R.

Diseño Editorial:
Eduardo José Molinas Viedma

Diagramación:
Eduardo José Molinas Viedma

Diseño de Tapa:
Eduardo José Molinas Viedma

Imágenes de Tapa e Interiores:
Félix Toranzos
Ida Talavera

GRUPO EDITORIAL ATLAS 2022

Derechos Reservados. Es propiedad del Editor. Esta publicación no puede ser reproducida total y/o parcialmente ni archivada o transmitida por ningún medio electrónico, mecánico, de grabación, de fotocopia, de microfilmación o en otra forma, sin permiso previo del Editor.

ISBN: 978-99925-17-05-5

861
TALr
Talavera, Ida
Ribera de tus ojos.--Ida Talavera.-- Asunción: Grupo Editorial Atlas, 2022.
96 págs.; ilus.; 15,5 cm x 22 cm.
ISBN: 978-99925-17-05-5
1. Rivera de tus ojos. 2. Literatura paraguaya. I. Tít.

Grupo Editorial Atlas: Dr. Benza 317 y Ecuador • Tel.: (021) 556 815 (R. A.)
www.*grupoeditorialatlas*.com

Ida Talavera

FUNDACIÓN CULTURAL

Índice

Prólogo 9

Mis nuevos ojos 13
Ojos prestados 15

Hay seres inolvidables 47
Caramillo de Sebastián 49
El tabernero y el parroquiano 53

Volarán suspiros 61
¿Bajo qué cielo triste? 63
El fuego de tu amor 64
En la noche del tiempo 73
Epitafio 74

Viéndome viajar 77
Cosas curiosas 79
La tarde en que conocí a Manuel Ortiz Guerrero 81
Algo florecía en mí 85
Más quiero ser de Dios 86
No me dejes 87


Ida Talavera

Mis ojos sorprendieron

Con inmenso amor y agradecimiento, dedico este libro a mis DOS madres, Ida y Nenena.

Ani

Prólogo

Hay libros —bastantes— con los cuales de inmediato establecemos un vínculo estrecho parecido al que tenemos con un amigo o con algún familiar.

Pues en este caso siento lo mismo por varias razones, la primera se debe a que siento una profunda estima por la autora y su pluma, profunda admiración como mujer precursora en las letras y en las artes plásticas. La segunda es porque la tarea encomendada a mi persona implica haber leído en profundidad y captado desde mi perspectiva las ilusiones, preocupaciones, desesperanzas y súplicas de la escritora ante la deshumanización creciente.

Días posteriores a que me solicitaran escribir el prólogo de *Ribera de tus ojos*, empecé a leerlo muy lentamente intentando digerir con cierta objetividad los temas centrales y me di cuenta de que aún después de haberlo leído la singularidad de la pluma de Ida Talavera perdura y regresa. De hecho, creo que el prólogo cumple vagamente esa función de acercar dos puntos lejanos: el escritor y el lector.

Ida Talavera habla en voz alta por aquellos seres que se encuentran silenciados, se asombra y agradece infinitamente haberse encontrado con un gran poeta como Manuel Ortiz Guerrero, con quien mantuvo una conversación que marcó su vida. «Aún no había leído mis versos y, sin embargo, se mostraba pletórico de interés, estimulándome como solo saben hacerlo los que llevan en el alma la llama sagrada».

En «Ojos prestados», estamos ante el despertar de la consciencia. «Era el de una criatura precoz a quien no había visto hasta ese instante». Es ineludible no pensar en *Ensayo sobre la ceguera*, de José Saramago: «Si pudieras ver tú lo que yo estoy obligada a ver, querrías ser ciego». El relato de Ida Talavera es una respuesta a esta pregunta: «Tonta, tontísima, ¿por qué te castigas? ¿De qué país vienes para que no te reconozcas? Estos ojos son tuyos, son los ojos nuevos que te prestaron para que veas las cosas que te rodean». «Tendrás un mundo para ti sola donde jamás penetrarán otros ojos sino los tuyos».

En otro relato, «El Caramillo de Sebastián», se convoca al tiempo, a la infancia y a los sueños de un mundo mejor para todos, pero sobre todo para los desposeídos: «Aquí vendrán los que no tienen pan, los que no tienen techo, los que caminan solos por la noche de la desventura», eso estaba en el imaginario de Sebastián. «Hay seres inolvidables y Sebastián era uno de ellos», ese tiempo que también se desvanece y nos ve pasar a todos inexorablemente.

El amor, un tema inagotable en sus obras. En su poema «Epitafio»: «Pues ya no existe en el mundo el hombre a quien ella quiere», nos encontramos ante una ambigüedad: el hombre ¿murió antes o no hay más hombre a quien amar?

Sus sucesivos y repetidos ruegos a su Dios es otro tema recurrente, por momentos incurre en una reiteración de preguntas sin respuestas acerca de los ojos que ven la injusticia, la avaricia y la indolencia humana como productos de una angustia constante, donde la escritura ejerce un efecto catártico.

La realidad que retrata y los temas que explora Ida Talavera siguen vigentes, y me atrevería a decir hoy más que nunca.

Cuando un libro se abre, nunca se cierra del todo. Todo lo que dije acerca de la pluma de Ida Talavera es mi punto de vista, estoy segura de que los lectores se abrirán a otras perspectivas.

AHORA CIERRO EL LIBRO PARA DEJARLO ABIERTO.

Cynthia B. Casartelli
Escritora
Vicepresidenta de la Fundación Cultural Ida Talavera


Ida Talavera

MIS NUEVOS OJOS

Ojos prestados

Comenzó en otoño, hace mucho tiempo. No sé cómo no se borró del espejo de mi mente. Entonces tenía once años. Era una chiquilla desgarbada, silenciosa y observadora. Ignoro por qué motivo nadie me tenía en cuenta; la gente que me rodeada hablaba en mi presencia sin ropajes y, hasta si se quiere, con cierto descaro, de las realidades de la vida.

Cada uno de nosotros tenemos dual personalidad y muchos rostros, que nos quitamos y nos ponemos a gusto y paladar; rostros tristes, alegres, preocupados, ausentes, tal como si las dos casitas que tenemos debajo de las cejas estuviesen deshabitadas. Ese día de otoño amanecí con un rostro nuevo, me miré al espejo y vi con asombro que me contemplaban unos ojos que no eran los míos. Quiero que me comprendas. Los ojos eran iguales pero distintos a los que me dieron prestados cuando rompí el cascarón de la envoltura materna, y salí de la cámara tibia y generadora para lanzar el primer grito al entrar en este mundo donde ensayamos a vivir y a comprender las cosas que nos rodean.

El rostro que me miraba no era el mío. Era el de una criatura precoz a quien no había visto hasta ese instante; los ojos eran indagadores y perspicaces, la mirada era fija y en su fondo vi una luz extraña e inquieta, electrizante, amarilla y danzarina, como la que se proyecta sobre un piso de madera. Estos ojos me miraron como mirarían los

presos a través de las rejas de una calle larga, bordeada de árboles y salpicada de sol, con una nostalgia intensa, queriendo romper sus ataduras y lanzarse por los anchos caminos de la vida enarbolando la bandera de la libertad.

¿Qué querían decirme aquellos ojos que sustituyeron a los míos? ¿Cómo y cuándo desalojaron a los míos, que hasta ayer habían estado entre los pétalos de mis párpados, abriendo sus pistilos tímidamente, tan llenos de inocencia y tan profundamente tristes?

Jamás podré explicar ese fenómeno, como tampoco desenredar el ovillo, ni comprender el significado profundo y metafísico de las cosas que están más allá de la percepción humana. Solo sé que me asusté terriblemente, más aún cuando mis propios labios se abrieron dejando escapar una risa sonora y burbujeante, una risa caliente, como el vapor del agua que se escapa de una caldera. Me quedé petrificada. Las casitas estaban habitadas y sus arrendatarios seguían mirándome, pero esta vez con una franca expresión de burla. Levanté una mano y la dejé caer sobre ese rostro. El espejo me devolvió el gesto, pero los ojos no dejaron de sonreír y yo sentí un fuerte ardor en la mejilla derecha. Los labios reían a la par que los ojos, y entonces escuché una voz que me decía: «Tonta, tontísima, ¿por qué te castigas? ¿De qué país vienes para que no te reconozcas? Estos ojos son tuyos, son los ojos nuevos que te prestaron para que veas las cosas que te rodean, los otros eran ojos niños y

no estaban rodeados de ese finísimo polvo dorado como el polen de las flores, el polvo aurífero que da a la mirada una penetración no frecuente. No tienes por qué ponerte triste; por el contrario, debes sentirte alegre porque desde hoy comenzarás a ver».

«Hay una ley oculta que rige las cosas de este mundo y todo aquello que miramos tiene en sí algo de espejismo y mucho del oasis del desierto. El que mira un rostro ve en los rasgos algo de la belleza que hay en su propio ser, algo que quizá no existe en la geografía física de ese pequeño continente que soporta la columna del cuello humano, pilar maravilloso o, si se quiere, escalera por la cual se asciende lentamente hasta la cúspide donde florece el pensamiento: el cerebro. No te asustes, quiero decirte que es ahí donde se cocinan las cosas más suculentas de esta tierra».

«Estos ojos son hermanos mayores de los otros de ayer. Pero ¿por qué tiemblas? Es cierto que estamos en otoño y que las hojas desprendidas de los árboles están jugando a la ronda con el padre viento que, a pesar de su milenaria edad se mantiene siempre elástico y travieso, no perdió la frescura de su alma etérea. ¿Sabes tú lo que quiere decir alma? No, no lo sabes, a pesar de que está aleteando en ti desde tiempo inmemorial; pero no te preocupes y, por favor, no quieras negarle autenticidad a estos ojos que desalojaron a los primitivos arrendatarios del predio de la maravilla».

La voz era de una agradable tonalidad, y sobre todo sonaba en mis oídos con ese acento sereno y característico que da a las palabras un sello inconfundible de veracidad.

Continuó la voz: «Y quiero que me creas —la voz brotaba de mis propias cuerdas vocales, obedeciendo a no sé qué resortes invisibles ocultos en mi ser—. Sé lo que piensas —me dijo—, pero no te tortures ni rompas tus celdillas cerebrales queriendo comprender el misterio que te circunda. Vamos a estar juntas un tiempo relativamente largo, te contaré muchas cosas y poco a poco irás comprendiendo la esencia de la verdad que vive en ti y que ahora duerme como el rocío sobre el rostro de las flores».

«Sé lo que te preguntas: ¿por qué tengo que morir? ¿Por qué? ¿Por qué tienen que callar mis labios y mis párpados laxos tienen que copiar la forma de dos pétalos caídos sobre los lagos de mis ojeras? ¿Y si tengo que morir ineluctablemente porque me dieron este anhelo vivo y palpitante, esta burbuja y este correr acelerado de mi sangre por los túneles azules de mis venas? ¿Por qué se muere y adónde va el alma en raudo vuelo? ¿Qué clase de vida palpita en el espacio?

«¡Alto! Vas muy ligero por la pendiente, querida niña, modera tus pasos y procura sofrenar esa curiosidad sin límites que te devora. Aún hace veinte minutos que estoy en ti, que asciendo por tus cuerdas vocales como una trepadora, para florecer en tus labios, hecha música y perfume y ya me

aturdes con tus interrogantes y no cesas de enviar telegramas azules al alma del misterio. Eres terrible, criatura, no en vano me habían advertido que tuviera cuidado contigo. Pero veo que ya no temes enfrentarte con tus ojos nuevos; comienza a ver. Hasta ayer mirabas como los que llevan un velo sobre los cristales de la retina. ¡Ahí! Y estoy segura de que no sabes una cosa, y no me mires con tus ojos de antaño, mírame con tus ojos de ahora, con esos pequeños aparatos fotográficos que reproducen las imágenes en su cámara oscura y misteriosa. Te comprendo... Estás furiosa conmigo, no sabes mi origen ni la fuente de donde fluye mi vida vibrante y cálida; mi maravillosa resonancia; la cadencia musical que despierta en ti una emoción desconocida; pero, vamos, no frunzas el ceño y déjame contarte algo que ignoras. Esos mundos ovalados donde brillan las retinas, rodeadas de pequeñísimas y delgadas líneas, rematadas por un círculo más oscuro, sobre un fondo blanco que tiende a un apagado color celeste, esos mundos no ven, criatura; ¿me comprendes? No ven, la luz se proyecta desde adentro, de un determinado lugar del cerebro: mundo cósmico y misterioso, incognoscible, que rige con su poder los astros que forman tus constelaciones».

Mis nuevos ojos sonreían con muchas ganas con la voz misteriosa que fluía de mis labios; parecían danzar en sus fondos las luces de la mañana, porque a pesar de ser otoño, el sol refulgía en el espacio y el frío pellizcaba con sus dedos helados.

«Ve al jardín —atizó la voz— así verás los rostros nuevos de las flores, a lo mejor, ¡y te lo digo en serio!, para algunas habrá llegado la mascarilla de cera, pero no te entristezcas por ello, la naturaleza es sabia y previsora, ya estará por abrirse otro capullo nuevo con ojos inocentes como los tuyos de ayer; si miras bien, ¡y tienes que hacerlo! verás las pupilas mágicas del rocío, la belleza de los pétalos aterciopelados, la materia fresca y temblorosa de que están hechas las gramillas que bordean los senderillos de tu jardín, te quedarás a mirar extasiada la superficie azogada del agua de la fuente, donde se miran las hojas verdes de los árboles cuando la brisa peina sus cabelleras».

«Gracias a tus nuevos ojos, recién hoy verás lo que te rodea, pero no creas que serán tuyos para siempre, otros habrán de desalojar a estos ojos videntes, y otros, de mirada mucho más profunda, abrirán caminos nuevos a tu percepción. Aprenderás a mirar las cosas del revés y del derecho. Y te diré algo más, pero prométeme que no te asustarás, vamos, prométemelo, verás también cosas horribles. Detrás de una sonrisa descubrirás una traición, rostros hermosos que ocultan almas perversas, verás el corazón de los hombres de este mundo, maravilloso mundo, que ellos destruyen con la ponzoña de la ambición sin medida que los asedia; verás el alma de las cosas y los seres, algunas deformadas por dentro, como arbolitos enanos, encorvados, llenos de surcos y cicatrices espantosas. ¡Ay!, ¡pobre criatura! Verás tantos horrores que tu corazón, pequeña caja de resonancias, comenzará a llorar gotas de sangre».

«Pero ¿qué he hecho? Dios mío, ¿estás llorando? Tu cuerpo tiembla como la rama del sauce que cuelga su cabellera sobre el puente. Bueno, sosiégate, ¿dónde está tu valor? Junta las manos y reza. Es Dios quien ha dispuesto tu destino. No desmayes al comienzo de tu largo sendero. Pero, dime, ¿no estabas acaso deseando saber algo mucho más terrible y misterioso que todas las cosas de este mundo? ¿No estabas deseando saber qué es la muerte? Vamos, pequeñuela, mírate a los ojos, pareciera que unos angelitos estuvieran bailando en las casitas nuevas. No quiero decirte más».

«Abróchate el vestido y ponte los borceguíes de cuero de becerro que te trajeron para tu cumpleaños; ponte muy bonita y luce las flores recién nacidas bajo los matorrales de tus cejas. Verás, escúchame, tú y yo, amigas inseparables, iremos juntas al jardín y escucharemos el canto de las aves. ¿No sabes que yo te quiero mucho? Soy el soplo vital que mora en ti, soy... ¿Es que quieres que me calle? Veo que fluye un rocío tembloroso de las riberas de tus ojos, se han mojado tus mejillas. ¿No quieres el pañuelo de una palabra amiga para secar tu llanto? Estoy arrepentida, creo que dije más de lo que debía, perdóname».

Yo estaba dolida, profundamente impresionada, y entonces grité: «¡Devuélveme mis ojos, no quiero estos nuevos habitantes, no quiero estos ojos pasajeros, quiero los míos, mis ojos, mis ojos!». Y, quieres creerme, querido lector, es que debes hacerlo, mis pobres y encantadores ojos de ayer estaban en el espejo, muy cerca de los otros, y me

miraban con tristeza y recién entonces y, por primera vez, vi su limpidez, la belleza de su forma.

Dos pequeños niños lloraban en su fondo, luego se sonrió conmigo, mientras los otros, sagaces, parecían burlarse de mí, y la voz, sofocando la risa, me dijo con acento humilde: «Estoy tan arrepentida, y por ello dispuesta a devolverte tus ojos de ayer. Pero cuál no sería mi asombro cuando vi volar hacia el espacio los ojos de mi inocencia, con ellos iban los pequeños guijarros del jardín, las siestas de sol bajo los árboles, mis muñecas de trapo y una botellita que vestí de rosa y a la que hice una cabeza de carantoña y arrullé en mis brazos como a la más preciosa de las muñecas del mundo. ¡Cuánto la quería! Fueron también los barquichuelos de papel, que en los días de lluvias torrenciales largaba sobre los charcos en las bocacalles y los veía perderse en la distancia o disolverse en el agua que corría saltando por las calles; la funda blanca de mi almohada que me servía de pollera, mis collares de diminutas flores silvestres, mis sombrillas vegetales, las canastillas llenas de manojos de gramillas verdes. Vi volar los zapatos de altos tacos de mi tía Elvira, que me hacían más alta cuando iba al encuentro de los duendes.

Se me oprimió el corazón y casi lancé un grito cuando vi elevarse en el aire mi pequeño monedero de mostacillas lilas. Ese monedero era mi talismán (lo supe mucho tiempo después, cuando la vida me negó todo, porque en ello fueron

las monedas de mis sueños, mis ilusiones y mis esperanzas, y me quedé desnuda como un arbolito despojado de sus hojas). Luego, fueron subiendo los montículos de arena con los cuales había hecho pequeños hornos, valiéndome de los pies para construirlos; rojos ladrillos recogidos del patio; la caja de cartón que guardaba los vestidos de mis muñecas. Fueron subiendo uno y mil objetos que llenaron mis horas de alegría, y, por último, ascendieron también los pétalos de las rosas que habían florecido en mi ventana, los pétalos que tenían ojos y labios, y me sonreían al partir. Así, vi desaparecer el mundo de mi inocencia aquella mañana de otoño.

Sentía en mí algo extraño, como si una cuerda vital se hubiese roto en mi corazón, y lloré silenciosamente.

La voz me arrancó de entre los brazos de mi sensibilidad y la escuché decir: «No quiero que llores, sé lo que están pensando. Te estás diciendo: cómo no he de llorar si me robaron el mundo de mi inocencia, si ya no tengo nada, nada». Continuó la voz: «En cierto modo tienes razón, mas quiero explicarte algo, no es el mundo de tu inocencia lo que te robaron, todas esas cosas que constituían para ti la maravilla fueron hacia el espacio, otros ojos que no fuesen los tuyos no los hubieses visto partir y para que te pongas muy contenta, te diré que nada se te ha hurtado, todo está como antes, igual pero distinto, ya lo comprenderás tú misma, solo que para ti ya no tendrán el encanto de ayer».

«Todas las cosas tienen dos caras, la noche y el día, la ficción y la realidad, la felicidad y la desventura, pero si sigo enumerándote las cosas llegaré a cansarte, dejaré pues, que tú misma vayas descubriéndolas. No es nada espantoso lo que te ocurre ni tienes por qué sentirte despojada, no, desde hoy serás dueña de muchas cosas vedadas para los demás; tendrás un mundo para ti sola donde jamás penetrarán otros ojos sino los tuyos, pero tengo que pedirte que guardes silencio al respecto de lo que te ocurre: no podrán comprenderte y, por lo tanto, no tienes por qué enviar telegramas en despoblado. Aprende a callar, el silencio es constructivo y generador».

«Verás muchas cosas, tantas que necesitarás muchísimas hojas para transcribir en ellas la verdad, y tienes que saber que la verdad se ha mimetizado, los hombres le temen, y como ella está despojada de ficción y su fuerza es poderosa y divina, los habitantes de esta tierra se propusieron derrotarla. Desde épocas inmemoriales han querido destruirla y la persiguieron tenazmente, pero la verdad es inmortal como la fuente divina de donde emana. Como no consiguieron desterrarla, desfiguraron su rostro; con la ayuda de la astucia consiguieron hacerla retroceder hacia las cavernas primitivas, con la colaboración de la inteligencia y los famosos pinceles de la impostura, pintaron su rostro y le pusieron cerebro de estopa, cuerpo de alambre y voz mecánica, y le largaron por los senderos del mundo, y la mentira disfrazada de verdad asoló los caminos, predicó

también en la montaña y sobre el mar habló, subió a las tribunas, habitó en los corazones de los hombres y dijo a la humanidad tantas falsedades que esta cometió crímenes e injusticias sin nombre, desvirtuó lo auténtico, destruyó lo hermoso y se llenó el mundo de quejidos y lágrimas».

«Pero la verdad existe y solo se manifiesta a las almas limpias, de ahí que no todos los seres puedan verla ni sentirla en el fluido magnético que corre por las venas; los pecadores perdieron los ojos del alma y la conciencia se durmió en ellos como una tierra fértil cubierta de musgo. La cobardía, con cuerpo de granito y ojos de pedregullos, se aposentó en ellos y de la convivencia continua nació el rostro de la indiferencia. Por ello, los hombres no tienen piedad de los que sufren, sus corazones se convirtieron en piedras y ven pasar el río de la vida manchado de sangre sin conmoverse, y ya no buscan a Dios. Dios es la verdad y la vida, la vida imperecedera. Lo arrojaron de sus altares y en vez de su imagen pusieron ídolos. La mentira sigue recorriendo los caminos disfrazada de verdad, mutilando vidas, derrumbando ciudades, desatando guerras fratricidas. La verdad está mimetizada, mas no está muerta y alguna vez desgarrará el velo que la cubre y esta tierra volverá a ser el paraíso perdido».

«La humanidad habla de Dios y dice que lo lleva en su corazón, pero no es verdad, es egoísta, cruel y sanguinaria. De ello nos habla la historia que cuenta en sus páginas las diferentes evoluciones por las que ha pasado. Y en todas

ellas se registran luchas sin tregua, guerras y devastaciones sin término. El nombre se ha preocupado de elevar su nivel de cultura, de refinamiento y lo ha conseguido, pero en su forma intrínseca no ha evolucionado, permanece igual que hace millones de años».

«Buscando el oro, construyendo palacios, caminos y rascacielos, aparatos modernos, armas para destruir el mundo, ha perdido el alma y ha extraviado los caminos del cielo. La humanidad habla de Dios, pero no sigue sus preceptos, lleva sobre el pecho una medalla y con ello cree que lleva a Dios consigo, escucha misa, se confiesa, pero continúa cometiendo los mismos errores por los cuales se ha arrodillado para pedir indulgencia a Dios. El hombre ha creado un vestiglo y ese monstruo lo ha devorado».

«El polichinela de rostro pintado lo ha llevado al precipicio y seguirá llevando a miles y miles de seres por los caminos errados. ¿No has escuchado nunca que los aviones que van para destruir ciudades y mutilar pequeñas vidas inocentes han sido bendecidos? Sé lo que estás pensando, pero no lo puedo remediar, no puedo evitarte esta desgarradura que sientes en pleno corazón, eres sensible y estás llorando de nuevo. Debes procurar destruir las mentiras inveteradas, pero no te asustes así, eso lo harás dentro de mucho tiempo, cuando hayas crecido por dentro y por fuera, cuando hayas madurado tus pensamientos, y el valor —espada reluciente de Cristo— haga florecer en ti esa llama sagrada que purifica todo».

«Verás con estos ojos prestados el rostro de la falsedad, y te prevengo esto: la falsedad viene siempre vestida de corrección, sus gestos son suaves y su voz es melosa, solapada y artera, acaricia y luego da el zarpazo. Detrás de su antifaz verás el horrible rostro hinchado, sus ojos son dos cuencas vacías y por entre los labios se escapa la cabeza chata y repugnante de una serpiente».

«Y muchos días de tu vida habrás de toparte con la envidia. Va descalza y camina silenciosamente, tiene el rostro surcado de arrugas, y la boca golosa e insaciable mastica constantemente; en sus ojos hay una expresión huraña y su mirada glacial larga flechas agudas que traspasan. Su corazón es un pozo sin fondo y una rabia sorda y profunda germina en él. No puede ver la dicha ni el triunfo ajeno, sufre perennemente y cuando no puede destruir vomita sangre y se enroscan culebras a su cuerpo».

«La calumnia es un monstruo sin cabeza, se arrastra agazapada por todos los caminos y sus ojos largan chispas, su boca horrible da cuerpo a la infamia, escupe las palabras a diestra y siniestra, enloda y destroza. Nadie ha visto el rostro de la calumnia porque lo tiene metido dentro de su cuerpo como el caracol, su poder separa y oscurece, y una sola chispa de su boca produce un incendio como una llama en un pajar. Penetra en las mentes humanas y atiza los corazones dejando en la corriente de la sangre el virus del mal. Su gozo es la desgracia y arroja a sus víctimas a un despeñadero».

La voz fue apagándose en un susurro y yo junté las manos e incliné la cabeza sobre ellas; copiosas lágrimas las empaparon mientras mi corazón rimaba una oración en sus latidos. Ignoro cuánto tiempo estuve sumida en el mundo de la súplica fervorosa, no sé si pasó un minuto o toda una vida por mis arterias tensas, ignoro si mi sangre se detuvo en su carrera para caer de hinojos como mi alma, solo sé que toda yo era una plegaria inmensa y palpitante. Del predio de la maravilla brotaban lágrimas, sentí que mi pecho se llenaba de sollozos como el mar de murmullos, como la selva torrencial del susurro de las hojas, como la noche de estrellas, como el desierto de arenas. La eternidad había penetrado en mí y sus pasos sigilosos recorrieron las ciudades y los continentes misteriosos de mi ser.

La vida toda en sus manifestaciones armoniosas, en su enigmática esencia, me había tomado entre sus brazos y de pronto, dejé de temblar, me fui aquietando como la superficie de un lago azotado por la ráfaga furiosa y fugitiva del viento. Mi plegaria había ascendido hasta el reino divino y una brisa suave secó mis lágrimas. Sentí una paz desconocida, una dulce sensación de seguridad, como cuando de niños nos arrebujamos entre los brazos de la madre y el sueño nos llevaba en sus alas hacia mundos ignorados. Mis ojos cerrados habían puesto una muralla intangible entre los dos mares, lo interior y lo exterior: estaba mirando por dentro. Escuchaba solo la voz apaciguadora de mi conciencia, un

panorama de luz se extendía alma adentro y un ángel me dibujó internamente la imagen de Cristo, colgado en la cruz, sus brazos abiertos y sus manos clavadas sobre el madero, su costado manando sangre y su frente coronada de espinas.

Mi alma cayó de hinojos; la imagen nimbada de luz se hizo más nítida, parecía acercarse a mí y creí que se movían sus labios y que su voz me decía: «Siempre que veas niños desnudos, injusticias, crueldades, piensa que la herida de mi costado sangra copiosamente, piensa que me clavan de nuevo en la cruz y la corona de mi frente se renueva». Y desde entonces vivió en mí su imagen, escuché perennemente su voz en mi conciencia. Ya no tuve nacionalidad, me convertí en ciudadana del mundo y amé a mi prójimo por su luz y por sus sombras, por su bondad o por sus errores sin cuento.

Todavía me hallaba con los ojos cerrados, imagino que habré sonreído, porque la voz misteriosa me susurró quedamente: «Hágase en ti la voluntad del Señor. ¡Por fin te veo sonreír! Hay en tu rostro la serena dulzura del acatamiento». Abrí los ojos y desde el espejo me sonrieron dos pupilas llenas de luz. Lector amigo, ¿no te sentiste alguna vez como suspendido en el espacio entre nubes blancas y doradas? ¿No escuchaste una música celeste en la corriente caudalosa de tu sangre? Todo eso y mucho más experimentaba en mí. Estaba maravillada.

Continuó la voz: «Ahora puedes oírme con más serenidad, eres adulta, has crecido por dentro, has madurado como los frutos bajo la acción del sol y de la lluvia, el sol ha penetrado en ti, se ha engrandecido tu vida. Pero, mírate los ojos, querida niña, se asemejan a dos grandes pensamientos morados salpicados de luces amarillas. El viento llora afuera entre las hojas de los árboles, zumban las abejas, las hierbas crecen en silencio. ¿No escuchas cómo crecen las hierbas? ¿No escuchas los débiles quejidos de los árboles que dan a luz a los pequeños brotes verdes? Afina tus membranas y percibirás la voz vibrante de la luz acunando a los prados; las flores están conversando de rama en rama mientras el viento de otoño las sacude, para llevar sus aromas y esparcirlas por el mundo».

Era verdad, yo escuchaba crecer las hierbas y los débiles quejidos de los árboles que traían nuevos seres a la tierra. La voz de la luz era sencillamente bella y su canción a los prados, dulcísima. El diálogo de las flores me produjo un deseo vivo de correr hacia ellas, mezclarme a sus voces, abrazarlas y aspirar el aroma de sus pétalos. ¡Decían tantas cosas hermosas! Ni una palabra amarga o mal intencionada, ningún acento áspero ni violento, sus voces eran inocentes y tenían la belleza de lo imperecedero.

Pero ¿que pasaba en mí? Ahora no solamente era puro ojos, ahora era también puro oídos. Escuchaba la conversación que la madera sostenía con el espejo, la madera rubia de

mi ropero decía: «Añoro mis ramas verdes y mis hojas volanderas, mis raíces y mi tronco mutilado por donde fluía la savia de la tierra; añoro a mis huéspedes talados, los vientos y la fresca cabellera de la lluvia que me llenaba de pupilas temblorosas, las caricias del sol que me nutría de fuerzas. Amigo espejo, ¿jamás pensaste en el hermoso destino de los árboles, que después de ser tronchados y aserrados, acunan el cuerpecito de un niño y otros navegan sobre el mar, cobijan a los hombres en sus albergues, sobre sus cuerpos encuentran el descanso en la vida y en la muerte, y sobre sus pechos pulidos los soñadores plasman sus pensamientos? Yo estaba atónita y mis ojos sonreían.

La voz me habló de nuevo y sentí que la risa se desataba en sus notas: «Chiquilla, creo conveniente dejarte sola por hoy, pero estoy hablando como una tonta, jamás estarás ya sola, te acompañarán todas las voces de la tierra y del cielo, las voces vegetales y minerales. Pronto volveremos a encontrarnos».

Sentí algo así como un leve beso en mi cabellera y en el suave contacto de una mano inmaterial. Volví el rostro, pero nada vi. Estaba sola, sola con mi asombro y mi cosecha de estrellas. Por las ventanas contemplé el patio de mi casa, vi a mi madre recogiendo flores en una canastilla de mimbre y corrí a su encuentro. Jamás la abracé como en aquel instante, fue como si la viera por vez primera. Así terminó aquella mañana de otoño.

No puede interesarte mi estatura física ni mi nombre, me edificaron como a ti de la misma arcilla y en la playa de mi fuerte se abaten mis pensamientos como las olas en la costa del mar; la noche de mi cabellera cae sobre las torrecillas de mis hombros y sobre la madera de mi pecho despunta el enigma. Soy el símbolo de la cruz con los brazos caídos. Mi riqueza es la tuya, tengo un mundo de estrellas, son gavillas maduras que alimentan mis sueños. Mi voluntad es llave maestra y lo que habita en mí pertenece al misterio. Soy una llama prisionera, un madero oloroso que se quema en silencioso holocausto.

Estoy mirando el horizonte que se pierde a lo lejos y a mis pies bulle el río de la vida. No sé qué sed antigua me lleva de la mano hacia los olvidados caminos del silencio y me sojuzga, avienta la ceniza de los días pasados y resucita las horas de la infancia y matiza de luces las flores de la pubertad. Por eso estoy de nuevo contigo, lector amigo, y tú y yo vamos a rescatar de las manos del tiempo el metal ausente de todo lo vivido, el pulso de las cosas que latieron en mí como el corazón de la tierra con ritmo gigante, purificando la sangre de sus arterias para nutrir las raíces vegetales que dan vida a las ramas y sabor a las frutas.

Después de aquella mañana de otoño, cuando descubrí en mi rostro nuevos ojos y atravesó el túnel de mis oídos el metal de aquella voz recién cortada, no sé de qué jardines minerales, comenzó para mí un viaje sin término en el

expreso del asombro, camino de la noche y al encuentro del alba.

Estaba yo una tarde abrazada a una rama adulta y vigorosa, alargando mis brazos para alcanzar un nido oculto en el follaje, y a punto ya de tocar con mis dedos el pequeño albergue, construido de fibras y de pajas, me estremeció la voz de una torcaza: «¡Necia criatura, no toques ese nido! En el hueco mullido de esa cuna colgada está en germen la vida, está a punto de abrirse el capullo dormido de ese soplo vital que nos anima».

Retiré la mano, conmovida, y bajé temblando de la rama. En mi descenso apresurado me desgarré el vestido y me dijo la espina en su verde lenguaje: «Aprende a respetar la vida ajena, no toques ni con el pensamiento el capullo dormido porque en todas las cosas vivas e inanimadas está la maravilla».

Se humedecieron las fibras negras de mis pestañas y aletearon mis párpados en su prisión de greda. Los arbolitos adheridos a los viejos troncos celulares parloteaban con los pájaros y en algunas hojas niñas brillaban los ojos lumíneos del rocío. Las gramillas lucían sus frescos tallos y se inclinaban balanceándose al son de una música, donde predominaban los flautines de los pájaros y las notas cascadas del agua saltarina que serpenteaba sobre el cuerpo movedizo de las arenas lavadas.

Me encaminé hacia el arroyo y mis ojos sorprendieron el arrullo amoroso de dos palomas. Nunca vi nada tan bello, el palomo picoteaba dulcemente a la núbil doncella de blanquísimo plumaje, con su rosado pico, como espina salvaje, picoteaba el moño sedoso que adornaba la pequeña umbre de su frente. Abría las varillas de sus alas y la rondaba, moviendo la cabeza o inclinándola levemente, para contemplar el cuello y el pecho ebúrneo de su pequeña enamorada. La paloma se dejaba arrullar, y el palomo, cuyo amor iba en ascenso como el cuerpo líquido de la leche en ebullición, se aproximó más y unió su pico al de la doncella. Se besaron largamente, bajo las miradas silenciosas de los árboles, cuyas hojas cuchicheaban, hamacadas por la brisa. Los minutos se consumían como cerillas al viento y la tarde iba palideciendo. La hemorragia de sus venas parecía coagularse en las crestas de los árboles, dando la apariencia de un incendio mientras en el confín, el sol parpadeaba acunado por las olas del silencio.

Volví a casa con una nueva experiencia. Estaba llena de nubes, era la nube misma, deshaciéndose en pedazos; estaba distante y maravillada, inclinándome sobre los recuerdos, como el tallo de una flor desde la cima de sus ramas. La vaguedad cerúlea de la noche me envolvía en tenue claridad.

Pasó el tiempo. Yo iba creciendo como los arbolitos a la vera del camino.

Y una vez…

El viento aullaba, retumbaba el trueno en la noche desamparada, el agua de la lluvia caía con fuerza de las alturas. Como banderas desgarradas flameaban en el azul los relámpagos que cruzaban el espacio, los truenos llenaban de terror el corazón. Acurrucada entre las colchas de mi lecho escuchaba el quejido del viento, que con mano nerviosa abría puertas y ventanas, como buscando un objeto perdido.

Mi corazón estaba atento al latir de la tormenta que se avecinaba. La casa y sus alrededores se convirtieron en un concierto formidable, los árboles arrollados por el viento elevaban plegarias, y sus raíces se prendían como garras a los brazos de la tierra, que absorbía sedienta el líquido generatriz que caía copiosamente de los negros párpados del cielo.

Algo tremendo estaba ocurriendo allá arriba, algo que los seres de esta tierra no podían comprender ni imaginar: las estrellas fueron derrotadas en luchas gigantescas por los elementos magnéticos y electrizantes; ejércitos de truenos y relámpagos, con manos certeras abrían los grifos de la lluvia torrencial, y el agua se derramaba de los poros de las nubes y bañaba el rostro moreno de la tierra, penetraba en su seno y recorría sus entrañas, dando de beber a las piedras que agonizaban de sed en sus prisiones de granitos.

Un largo escalofrío sacudió mis arterias y temblé entre los brazos de la soledad como un niño abandonado en el

portal de una casa vacía. Todos mis sentidos estaban a la expectativa, algo iba a ocurrir, algo que yo no podía captar pero que despuntaba en mi subconsciente como los débiles rayos de luz en el confín del horizonte. En alguna parte, fuera o dentro de la casa, no sé dónde, aullaba un mastín y me erizaba su largo lamento, como si el cuerpo invisible del grito me tocase con sus dedos inmateriales.

Los muebles crujían y la oscuridad, con sus ojos ciegos y su cuerpo de hollín, caminaba por el mundo tanteando con sus manos los muros y los rostros de las casuchas arrebujados en sus ponchos.

Un rumor extraño viajaba hacia mí, su aliento poderoso se anticipaba a su presencia. Yo estaba en las puertas de algo desconocido, y la aldaba estaba ahí, reluciente y misteriosa, lanzando leves reflejos plateados. Era como una pupila quieta en la oscuridad de la noche, una pupila magnética que me tenía inmovilizada. Sentí frío y mi corazón apresuró sus latidos, mi sangre galopaba, jadeante, como un caballo con las crines al viento.

Pasó un largo minuto, un minuto en que quizá se haya condensado un siglo entero entre los apretados pétalos de los segundos. La lluvia arreciaba. A través de los grandes ventanales de la estancia veía los cuerpos de los relámpagos cruzando en zigzag el espacio, los truenos sacudían con sus puños los pilares del silencio, caían estruendosamente en el vacío, y el agua desmelenada y loca tamborileaba sobre los tejados.

El rumor desconocido iba aproximándose, percibía su jadear como el aliento de un fuelle. Toda yo era una vibración en ascenso, pero mi cuerpo estaba inmóvil, como si la vida hubiese huido de su cárcel de barro. Mis ojos estaban fijos en la aldaba reluciente, y de pronto, la aldaba tuvo cuerpo y su cuerpo fue una puerta maciza, y entonces escuché la voz: «Levanta la mano y toca la aldaba. ¿Por qué dudas? ¿No ves que el minuto ha agotado sus lágrimas y está llegando a su fin su efímera existencia? ¡Apresúrate!». Al imperio de aquella voz me incorporé y de un salto, mi mano movió la aldaba y su sonido despertó en mí un río de interrogantes.

Se movieron los goznes de la puerta y luego fue abriéndose lentamente. Mis ojos parpadearon dilatados de asombro; mi oído se cerró al rumor de la tormenta y todos mis sentidos se concentraron en mi campo visual. Ya no tenía cuerpo, solo tenía ojos, mi fuerza vital y mi alma toda se habían aposentado en mis pupilas. Al comienzo nada vi, solo algo así como una niebla blanca que iba subiendo por el marco de la puerta. «¡Valor!», decía la voz en débil susurro, como si fuese el aliento de la brisa; y entonces vi. Me vi a mí misma en el marco de la puerta, me veía por dentro y por fuera, como si en mis ojos se hubiese trasladado el elemento de los rayos X.

Los pensamientos se cruzaban por mis celdillas cerebrales como los relámpagos por la comba del cielo. La conciencia era un espejo claro que devolvía las imágenes de las acciones, y el subconsciente, un pozo oscuro como un

sótano donde se movían y palpitaban minúsculos cuerpos infinitesimales, lanzando leves chispas doradas que se elevaban y morían, desvaneciéndose en débiles penachos fosforescentes. El cuerpo humano era como un árbol lleno de ramas entrecruzadas, los nervios, túneles misteriosos donde germinaba una vida extraña, escalofriante; hilos tendidos de una parte a otra del cuerpo, cables eléctricos que transmitían descargas y volcaban en la sangre gérmenes desconocidos. La vida pululaba en las arterias y florecía en el corazón, puño que se abría y se cerraba rítmicamente enviando a las venas y a las arterias un fluido rojo y caliente.

De pronto, el cuadro desapareció de mi vista y solamente vi algo así como un fluido dorado, como la sombra rubia de un cuerpo etéreo proyectada sobre una pared blanca, como algo dibujado con un lápiz amarillo esfumado.

La imagen no tenía ojos, ni labios, ni cabellos, pero yo me reconocí. Era mi cuerpo astral. Pronto desapareció como la imagen anterior y vi mi cuerpo por fuera. Mis ojos nuevos resplandecían, y debajo de ellos estaban dormidos mis ojos niños, y sobre las mejillas que fueron mías un tiempo, proyectaban una leve sombra las pestañas húmedas de lágrimas. Mis labios de antaño eran dos pétalos alargados y exangües, levemente entreabiertos, como si un aliento inmaterial se escapase de ellos, el metal de mi voz antigua, convertida en un montoncito de ceniza azulada, se movía en su lecho como el mercurio.

Después…

Un tropel de sombras, pequeños seres oscuros, donde se veía a la altura del pecho, un corazón en llamas, quemándose en angustias.

Abajo, el río de la vida, burbujeante y loco, corriendo hacia el misterio, mientras en sus ondas se formaban labios que reían, que daban y devolvían besos apasionados y voraces. Los pequeños seres se juntaban como las moléculas y formaban un solo cuerpo, que fue creciendo como un arbolito hasta convertirse en un árbol frondoso, donde los pájaros construían sus nidos y alborotaban las hojas con sus cantos. Las hojas se desprendían al impulso de un viento verde, eran los días que iban hacia su seno arcano, volaban hacia el espacio como el alma cuando se desprende de la materia, pero el árbol estaba firme con sus raíces profundas, prendida no sé sobre qué arcilla: era el tiempo. Los seres desaparecían, pero el tiempo quedaba, era inmortal.

Otra vez, me vi a mí misma golpeando las aldabas de los corazones humanos; pocas puertas se abrían y de mis nudillos manaba sangre; yo hablaba, pero los que me escuchaban parecían no comprender mi lenguaje; miles de ojos me miraban, algunos sonrientes, otros asombrados y los más con una franca expresión de burla en la ribera de sus ojos. Caminaba sin parar, no se detenía a llorar las

penas ni las desilusiones. Una mascarada bullanguera a veces me salía al paso, me hacía muecas grotescas, no tenían nada que ver conmigo; eran seres que iban al encuentro de un narcótico para sus sentidos, seres que tenían sed de placeres pasajeros y la mentira vestida de rojo caminaba como una ebria entre ellos; la lascivia con sus rostro lívido exprimía uvas maduras en sus labios, sus corazones iban vacíos, pero sus labios no cesaban de reír, sus manos ávidas tomaban a su paso cuanto encontraban, exprimían su esencia y luego los pisoteaba. Y el río de la vida, burbujeante y loco, corría hacia el misterio.

De pronto, vi que en mi pecho se abría una flor de peregrina belleza. Alboreaba en mí el amor, mi sangre se hacía más roja y mi pecho se ensanchaba de suspiros. Allá a lo lejos, hacia los albores del amanecer, dos brazos se tendían hacia mí: era la felicidad. Mi cuerpo astral se adelantó a mi cuerpo físico y se fue al encuentro de ese pequeño paraíso sobre la tierra, que se denomina amor. Pero antes de llegar a rozarlo con los labios inmateriales, la flor salpicada de rocío se convirtió en dolor, penetró en mi sangre y quemó la raíz de la sonrisa sobre mis labios; sentí una angustia viva oprimir mi pecho y cálidas lágrimas regaron mis mejillas. Mi cuerpo físico seguía extendiendo sus brazos hacia los celajes del amanecer de la dicha, pero esta ya se había despetalado y yacía a mis pies, hecha pedazos.

No pude contener el grito. Desde las fibras más profundas de mi ser voló el sollozo, atravesó la catedral de mi pecho, subió por la columna de mi garganta y floreció en los brazos del viento como una orquídea. Se dobló mi cuerpo de fatiga y atenaceaba a mis rodillas el deseo del ruego; ni dolor, ni ingratitud, ni frío me habían doblado hacia la tierra, pero mi sed de amor era infinita, gritaba en mi sangre y mi alma se escapaba por mis poros y florecía en mi cuerpo como si toda yo fuese un rosal de ramas verdes. Mis ojos lloraban y me dijo la voz: «¿Por qué lloras? ¿Por qué lloras por una partícula? Tienes en ti volcado el amor universal, en tu corazón palpita con ritmo gigante el amor divino, fuente de toda gracia. ¿Qué es lo que quieres? ¿Por qué el suspiro ensancha tu pecho y tiemblas como una hoja sacudida por la brisa? Contéstame, vamos, dime lo que sientes».

Yo respondí: «Quiero un alma donde apoyar los labios de mi alma, un corazón que responda a los latidos del mío, quiero el ritmo de una sangre que comprenda la voz de la mía. Quiero el amor, quiero la felicidad».

«Tu anhelo es justo y es honrado, pero te diré que el amor y la felicidad son flores de un día, que se despertaban en la corriente impetuosa de la vida. ¿No son por ventura unos labios los que desatan los minúsculos pétalos de tus lágrimas? El amor es un prado donde se abren los capullos del suspiro, es un anhelo que permanentemente quema las

clorofilas de las hojas frondosas de la sangre, un veneno de donde manan lágrimas. Pero no debes olvidar que el amor está en ti como la vida y la muerte».

«La felicidad es un mito. ¿Crees que si la tuvieran en las manos duraría un segundo? No, la felicidad es un soplo y se evapora como el agua y como tal es inasible, tiene similitud con el éter, el pecho humano es burdo recipiente. Has visto cómo tus brazos se extendían hacia el albor de una dicha, pero has visto también que antes de tocar sus corolas, caían extenuadas a tus pies. ¿No comprendes el símbolo? Y ahora, sigue mirando el marco de esta puerta».

Vi un espacio abierto y dilatado que fue llenándose de seres humanos, como el corazón de una plaza en día domingo. Caminaban presurosos, se cruzaban y reían, y en cada uno de ellos mis ojos descubrían un profundo pozo, un precipicio enorme como la boca de un despeñadero. Veía montañas de recuerdos, caravanas de dolores, dudas, deseos, y una sed insaciable que secaba sus labios; niños desnudos y hambrientos, seres desorientados y en todos ellos, una flor sangrienta: el dolor.

Los rostros eran jóvenes o viejos, y todos miraban de aquí y de allá como buscando un objeto perdido, y de pronto los veía correr hacia un punto lejano, y allá en el comienzo del horizonte temblaba la faz límpida del agua, pero el agua no existía, era solo un espejismo.

¡Dios mío! Me tapé los ojos y un sollozo convulso sacudió mi pecho, no podía soportar el dolor que veía agazaparse sobre la multitud.

«Abre los ojos y sigue mirando», susurró la voz. Me pareció implacable su mandato, pero obedecí temblando. Un turbio río se abrió paso entre ellos, inundó el espacio dilatado que los contenía y los arrastró hacia una pendiente oscura. Arriba, entre un nimbo de luz iba dibujándose la imagen de Jesús sobre el madero de la cruz. Vi un cielo ensangrentado, grandes nubarrones manejaban carrozas veloces y los relámpagos trizaban en mil pedazos la inmensidad desolada e infinita.

Una nueva multitud se desplazó ante mis ojos, una multitud azogada se abría como ramas de un árbol gigantesco, bifurcándose como los brazos de los ríos por las riberas de la tierra. Las alas de la ambición volaban sobre sus cabezas, las serpientes del mal cruzaban entre sus piernas y la multitud seguía avanzando.

Unos eran harapientos, otros puntillosos y refinados, unos satisfechos, otros hambrientos, algunos se dejaban estar mirando correr a los demás; otros, inclinados sobre las fraguas, mojaban la tierra con el sudor de sus cuerpos.

Las grandes minas se desmoronaban sobre los infelices que en el fondo de la tierra trabajaban para enriquecer

más a los ricos, y estos, bien alimentados y abrigados, se reían, enfundados en su indiferencia; y los olvidados enterraban sus vidas, mientras sus hijos morían de anemia en las covachas. La injusticia, dueña y señora del universo, paseaba su figura horrible y deforme por los caminos del mundo, y los seres de la tierra, en cuyos corazones se había aposentado la cobardía, callaban, temerosos de gritar la verdad. Lo preestablecido desde tiempo inmemorial cerraba sus bocas a cal y canto. Los corazones de los poderosos eran desiertos de hielo, en vano patinaban los ángeles de la caridad sobre ese inmenso mundo glacial, la piedad no los conmovía. Las monedas acuñadas con el sudor de los infelices levantaban palacios, llenaban de lujo la vida de los grandes, en cuyas almas no se prendía la divina luz de Cristo crucificado.

Un río turbio se precipitó hacia la multitud abigarrada y los arrastró hacia una oscura pendiente. Desaparecieron en el despeñadero de la muerte como débiles hojarascas desprendidas de un árbol.

La imagen de Jesús, entre un nimbo de luz, seguía en el espacio y sangraba su costado copiosamente, la humanidad lo seguía crucificando siglo tras siglo.

Una leve claridad rosácea inundó mi aposento. La lluvia había cesado y la tormenta, fatigada de tronchar árboles y golpear puertas y ventanas, se había alejado sobre la grupa de la madrugada.

Miré fijamente hacia adelante. La puerta y la aldaba habían desaparecido. Un silencio acogedor me penetró como un fluido benéfico y el sueño, hermano menor de la muerte, abatió mis párpados sobre mis ojeras y quedé profundamente dormida.


Ilda Talavera

HAY SERES INOLVIDABLES

Caramillo de Sebastián

Apenas nos habíamos mudado a la nueva casa y aún antes de que mis padres acomodasen los viejos trastos, yo estaba colgado de la empalizada para mirar la casa del vecino donde sonaba una música extraña que encantaba mis sentidos. El niño que estaba al otro lado llevaba a la boca un instrumento simple el cual soplaba y las notas se desparramaban en el aire como si tuviesen alas. Aquel niño se llamaba Sebastián y desde aquel instante y para siempre se ligó a mi destino de una manera definitiva.

Hay seres inolvidables y Sebastián era uno de ellos. Crecimos juntos, reímos y lloramos unidos, como las cuerdas de una guitarra. El tiempo, gigante misterioso, sentado en una montaña, vio pasar la vida hacia la confluencia del misterio; nos vio crecer juntos con los otros niños del lugar y recogió en su alforja nuestros sueños y nuestras alegrías que se desgranaban como cuentas de un collar entre sus manos sarmentosas.

Pasaron los años. Los collados y los bosques, los arroyos y los caminos polvorientos nos vieron correr por la comarca como cervatillos perseguidos por un cazador misterioso. Como las hojas de un árbol, fueron deshojándose los días de la infancia.

Sebastián y yo dejábamos el mundo maravilloso del jardín encantado para entrar con las botas de cien leguas en el castillo de la imaginación y del ensueño.

Un día nos habíamos reunido bajo la sombrilla verde de un ombú solitario; la tarde promediaba y a lo lejos, un paisaje fantástico ofrecía su belleza; la serranía encadenada semejaba una hilera de capuchas pardas de monjes en oración, bajo un cielo teñido con sales de cobalto.

Sebastián, mi compañero de infancia, jovenzuelo desgarbado en cuya frente aleteaban pensamientos luminosos, se levantó y nos dijo: «Aquí construiremos un galpón para los desesperados, aquí vendrán los que no tienen pan, los que no tienen techo, los que caminan solos por la noche de la desventura». Un silencio emocionado siguió a sus palabras, se escuchaba solo el concierto de los pájaros y el susurro de las hojas en la fronda cercana.

Sebastián nos miraba y bajo el mandato de sus ojos nos incorporamos en silencio como electrizados. Éramos siete. Sebastián a la cabeza, como un puntal, como un mástil, nos arengó de nuevo: «Manos a la obra, muchachos, nada de dilaciones ni incertidumbre, ha llegado la hora de la acción, la hora del grito, de la oración y del trabajo. Hoy, diez de febrero, pondremos la primera piedra para edificar sobre ella; hoy daremos un rumbo a nuestras aspiraciones; hoy nos acercaremos a Dios con la promesa de no cejar hasta ver realizado nuestro humilde propósito, el de dignificar nuestras vidas, colaborando con un grano de arena para aliviar el dolor de los desamparados».

Era la parábola de un pensamiento inmenso, a cuyas alas nos acogimos temblando como las hojas bajo el impulso del viento.

Transportamos una piedra enorme y la depositamos en la parte más elevada del terreno baldío. Sebastián, de pie, miraba el horizonte tañendo un airecillo triste en su caramillo y parecía que en sus grandes ojos azules se había aposentado un paisaje de leyenda. Soñaba... y su rústica flauta de caña nos transmitió algo de ese gran mensaje que alboreaba en su alma.

Pasó el tiempo y con cada día que despuntaba su flecha en el oriente, llegábamos con nuestro cargamento al lugar señalado. Así fue como entramos en un mundo nuevo. Como hormigas viajeras con las espaldas cargadas de esperanzas, penetrábamos a aquel paraje despoblado que pronto se convirtió en un campamento de pilluelos y adolescentes.

Levantamos un cobertizo. Ya no éramos siete, multitud de muchachuelos harapientos forcejeaban arrastrando maderas, baldes de agua, carretillas cargadas de cascotes.

La obra avanzaba lentamente. El propósito era firme y el caramillo de Sebastián nos azuzaba, este había formado zapadores, albañiles, carpinteros y los pequeños obreros con los rostros tiznados y sudorosos trabajaban sin descanso. Yo comandaba la patrulla de los pedigüeños, ni una sola casucha de los alrededores se había salvado del caramillo de Sebastián, este no golpeaba con los puños las puertas

cerradas de las viviendas, sino que hacía sonar su caramillo ¡tan tristemente! como un lamento largo, como una canción de amor bajo una noche de luna, hasta conseguir que asomasen rostros emocionados, y entonces, pedíamos la limosna. Ladrillos, pedazos de maderas, clavos oxidados, hierros viejos se sumaban a la cosecha.

Pasaron muchos meses, los días se amontonaban unos tras otros detrás de nuestros pasos, legiones de noches titilantes desfilaron ante el centinela solitario que seguía ofreciendo la sombrilla verde de sus hojas a la fatiga temprana de los pequeños soldados de Cristo.

Sebastián había enflaquecido y en su rostro escuálido chisporroteaban las luces de sus ojos azules. Una sonrisa de felicidad amanecía sobre sus labios, donde el pincel de la pubertad había dibujado una leve línea de sombra.

… Y desde aquel día, el galpón cobijó como dos brazos cálidos el dolor de los olvidados. Pero no fuimos nosotros los que conseguimos aquel refugio, no, fue el caramillo de Sebastián, fue la rústica flauta de caña la que consiguió el milagro.

En torno al refugio se construyeron muchas casas; hoy es una población, pero Sebastián ya no está entre nosotros. El mágico tañido de su caramillo estará conmoviendo el corazón de otros seres y en algún rincón del mundo, otros hombres iguales pero distintos estarán llevando sobre sus espaldas un universo de esperanzas, para poner una gota de miel sobre el dolor de los desvalidos.

El tabernero y el parroquiano

La noche estaba envuelta en tules y en silencio. Ni un alma por las calles, la cuidad parecía dormida.

Estaba a punto de cerrar la taberna porque el frío y el cansancio me habían penetrado hasta los huesos. Me hormigueaban las manos como si hubiese dormido sobre ellas y el hastío ponía plomo sobre mis párpados.

En ese instante penetró un parroquiano, ocupó una mesa y pidió un vaso de vino. Lo bebió de golpe como si tuviera sed. Lo miré y vi en sus pupilas una llamarada.

El joven sentado frente a mí estaba terriblemente amargado. El odio hervía en su corazón y la impotencia ponía en sus ojos fulgores homicidas.

Fumaba y largaba el humo en grandes bocanadas, soplando con fuerza, como si en esa forma desahogase en parte la rabia sorda que iba envenenando poco a poco su sangre.

Estaba desfigurado; era muy joven, pero en ese instante, una máscara lívida de labios contraídos ocupaba la expresión habitual de su rostro, sus ojos achicados por la ira lanzaban agudas flechas a través de las ceras de sus párpados semicerrados y protegidos por tupidas pestañas. Arriba, las cejas, como pequeños montículos, se abrían hacia el medio en forma de abanicos, perdiéndose hacia las sienes estrechas, rematadas por una frente ancha, en cuya cúpula florecía una abundante cabellera leonina.

A los costados de las mejillas, cubiertas de una palidez verdosa, bajaban las patillas. Boca grande, de labios ni delgados ni gruesos, mostraban la apretada hilera de sus dientes.

Estaba furioso y su voz llegaba a mí entrecortada y caliente, como un cuchillo en el momento de ser afilado, largando chispas. Si las palabras tuviesen manos, hubiesen quemado más de un rostro, porque eran candentes y rojas como hiervas recalentadas en la fragua.

No sé por qué me desprecian esas… gatas montesas; ¡me desprecian! —repetía—. Esas hijas de… su madre. ¿Qué tienen ellas que yo no tenga? Dígame —continuó—. ¿Por qué acueducto especial se despeñaron al mundo el día que gritaron al sentir por vez primera penetrar el aire en sus malditos pulmones? ¿De qué arcilla están hechas? ¿Quién les hizo creer que la vida en sus arterias no se detendría jamás? Si un día no lejano habrá de disgregarse su materia como la mía. ¿Acaso no son aplastadas por las mismas necesidades fisiológicas que yo, que usted y que todos los seres de este muladar que llaman mundo? ¿No salieron del encuentro y del enganche del óvulo y del espermatozoide? ¿No recorrieron el mismo camino que yo, envueltas en mucosas y sangre, lanzando un berrido al trasponer la puerta de la vida? ¡Dígame! ¿En qué nos diferenciamos?

Si todos, en los momentos reales de la vida, somos un mísero calco, una misma lacería, un mismo grito; idéntica porquería

—golpeó con su puño la mesa, que tambaleó levemente, y prosiguió—. ¡Me desprecian porque soy negro! Y dicen que no soy de su «clase». Pero estoy seguro de que si despertase en ellas la libido no verían el color de mi epidermis, y sería para ellas sencillamente: el hombre.

Grandísimas cabezas huecas; me desprecian porque no tengo dos apellidos, o tres o cuatro…, eso es sencillamente porque mi madre no se casó, pero se enamoró honradamente de un hombre, sí señor, honradamente, y se acostó con él, y de esa unión, legítima ante el corazón y honrada frente a la conciencia, vine yo, trayendo en mi rostro los rasgos de aquel muchacho que fue mi padre, y el corazón valiente de aquella mujer que me llevó nueve meses en sus entrañas, dándome la sangre de sus venas, el calcio de sus huesos y todo el amor que pueda caber en el altar de un corazón.

… Y soy negro, sí señor, soy negro; pero ¿fui acaso yo el que, con un pote de betún, me puse un día antes de salir de la cámara materna, a pintar de pies a cabeza la pequeña fortaleza que llaman cuerpo humano? ¡A pintar mi propia fortaleza!

Pero ¡bah! Se necesita el cerebro de una lombriz para no darse cuenta de que somos todos, absolutamente todos, blancos y negros, el mismo caramelo con diferentes envolturas, y que no somos dueños de nada en este mundo.

Estamos aquí porque obedecemos un mandato ¡y nada más!

Que me vengan a mí con el cuento de que yo no soy de su «clase». A otro perro con ese hueso. No les escupo porque no quiero ensuciar mi saliva. Sencillamente por eso. ¡Perras!

Lanzó la ofensa con una mueca horrible, como si se le reventase una arteria en alguna parte del cuerpo y escupiese un coágulo de sangre.

¡Que no tengo escuela! —dijo y prosiguió—. ¡Y qué más escuela que esta perra vida! Que no tengo apellidos añadidos como vagones de la madrugada, ni la piel blanca y afeitada de un porcino recién desollado y metido en agua hirviendo y rasurado con navaja. Es cierto. ¡Y hasta estoy contento de eso! No tengo el color del tocino ni de la mantequilla; tampoco soy hijo reconocido; pero me reconoció mi madre. ¡Qué caray! Me concibió honradamente bajo los sacramentos del amor; me unió a su ombligo y me cargó nueve largos meses y me trasmitió toda la maravilla que palpita en su universo, y luego me parió como Dios manda, sí señor, como Dios manda, como paren las vacas y todas las bestias hembras del universo, gritando y llorando, sudando dolor por todos los poros, conociendo de cerca el rostro de la muerte.

Mi madre y todas las madres de la tierra, ¡benditas sean! Y no digo más porque el azague me recorre los senderos de la sangre y ya quiero largarme por esos caminos de Dios, para buscar un ángel negro que me dé la granada madura de sus labios carnosos y las dulzuras de un corazón enamorado. ¿De qué color es el amor? ¿Qué idioma habla? ¿Cuál es su nacionalidad?

El amor ¿es negro o es blanco? ¿Es hijo legítimo o es bastardo? ¿Fue parido en una cama de oro o sobre el heno de un establo? El amor es esto —dijo y se levantó de un golpe desabrochándose los pantalones. Mostró el sexo, músculo dormido sobre un pequeño lecho de hebras oscuras—. ¡Esto es el amor! —repitió— y esta es la maravilla, es la espiga de la vida, la espiga eterna, porque gracias a su divina esencia se multiplican los seres de este mundo. ¡Esto es el amor! Aunque miles y miles de letrados, eruditos y lumbreras del pensamiento humano hayan inventado otros nombres. La mujer, el sexo de la mujer, es la cámara sagrada donde el sexo del hombre deposita una gota de maravilla; porque no otra cosa. Somos —negros o blancos—, somos la maravilla andante y no lo sabemos ni lo pensamos.

Fue abotonándose lentamente los pantalones, su rostro se había tranquilizado y volvía a ser el muchacho moreno y simpático que había conocido y con quien me gustaba departir amablemente.

Bien, muchacho, vamos a poner un paréntesis. Déjame que te sirva un buen trago de vino añejo. Y así, hablando, escancié en su copa el rico vino de vid que guardaba en la bodega para las grandes ocasiones.

¡Salud¡ —dije—. ¡Salud¡ —dijo él y nos guardamos de un sorbo el espumoso vino.

La mujer es ovoidea —continuó—, el hombre, pedunculado; la mujer se ahueca, el hombre deposita; la mujer se abre, el

hombre se introduce; la mujer es fuerte, el hombre es débil. El rostro del amor tiene la forma de un falo violando las corolas de una flor. De ahí nace la vida. ¡Viva el amor! ¡Viva la vida!

¡Viva! —repetí calurosamente.

La mujer es la forma; el hombre, el contenido —continuó—. No sé por qué regla de cuatro, porque de tres no puede ser —reflexionó— se me van a venir con humos en la cabeza. ¡A mí no me engañan las apariencias!

Pocos nudos tiene el tronco de mi vida, pero diferentes aves posaron en mis ramas ¡y no en balde me pusieron estos miradores en la ciudadela de mi rostro, que no solamente miran, sino ven!

El universo es un libro que nos enseña muchas cosas. La mujer es la luna, por eso es soñadora; el hombre es el sol, por ello vivifica; la mujer es la tierra, por ello concibe; el varón es el cielo, por eso cubre; la mujer es la brisa, por ello es suave; el hombre es el viento, por eso desgaja; la mujer es la noche, por eso es misteriosa; el varón es el día, por ello es germinador.

Él y ella. He ahí la clave de la vida. Unidos son dioses. Separados, apenas una sombra que traga el precipicio de lo incognoscible.

Se puso de pie un segundo, saludó con la mano y desapareció de mi vista, tragado por la oscuridad de la noche. Estuvo despotricando contra la mujer, y la noche, misteriosa y divina, la mujer vestida de flotantes tules, lo arrolló entre sus tentáculos.


Yola Talavera

VOLVERÁN SUSPIROS

¿Bajo qué cielo triste?

¿Dónde estará la dicha que latió en tu corazón y el mío? ¿Por qué ríos de sangre?; ¿por qué noches sin lunas, navegará el capullo perdido de aquel sueño que nos dio su perfume, su forma y su color…? ¿Dónde estará la dicha que floreció en dolor? ¿Bajo qué cielo triste volarán los suspiros de tu pecho y el mío? Bajo las grandes alas del recuerdo busco tu voz perdida en la curva del tiempo, y un viento errante y frío susurra una canción entre las hojas. A causa de tu olvido, mis ojos se apagan bajo el velo tembloroso de mis lágrimas.

El fuego de tu amor

Junio errante y noctámbulo me alejó de tu senda y la pálida noche confidencia a mi alma… yo me empapo de ausencia.

En esta soledad en que me pierdo como el efluvio misterioso de la noche, camino sonriente hacia tu rostro, y efusiva, tiendo hacia ti mis manos cálidas de ternuras, manos que tienen alma, manos que tienen voces y elevan cuando hablan.

Mi amor llamea en el puño de mi corazón como una tea ardiente y luminosa, quema mi sangre… Soy una ciudadela en llamas sitiada por el fuego de tu amor. La primavera se insinúa en mí, estoy llena de capullos. En mis hojas amanecen rocíos, como fulgidas pupilas temblorosas. Estoy grávida de anhelos, y mis raíces se anudan a ti con la fuerza del amor y del ensueño.

Me consumo como un leño prendido soñando con tu regreso. ¡Oh, amor! Si supieras cómo te amo. Si lo supieras, amor, ¡si lo supieras!

Desde que perdí tus caricias y tus besos, la noche descendió sobre mi vida. Mi alma se abre como una flor nocturna bajo el céfiro leve de tu recuerdo. Me socavan los celos y las lágrimas fluyen de mis ojos bajo el imperio del dolor y la incertidumbre. Desde que te perdí, soy pétalo desprendido bajo el viento huracanado del destino.

Estoy lejos de ti, pero cuán cerca se encuentran nuestras almas. Te percibo. Caminas hacia mí como la noche al encuentro del alba, vienes envuelto en luces y tiemblas un breve instante en el espacio, como el fulgor tremante de una estrella.

Llovizna sobre mi alma las notas de una música divina, mi soledad se ahonda, la noche se hace íntima y el silencio camina de puntillas; los rumores se apagan como luces de mágicas pupilas. Late dentro de mí, como un gran corazón, la maravilla.

Cuando tuve la certeza de tu amor, se abrieron para mí las puertas del cielo. Cuando te di mi corazón y viví solo para ti —embriagada de amor—, me socavó la angustia; me acosaron los celos, y conocí el infierno. Fui un torrente de dicha, y como todo torrente desemboqué en el mar insondable del dolor.

Hoy miré largamente tus ojos; hoy aspiré el aroma de tus labios como se aspira el capullo de una rosa. Hoy renuncié a tus besos para que tú me anheles. Hoy te amé como nunca y agonicé sobre el oasis de tu boca.

¿Recuerdas la mañana gris del otoño pasado? La mañana de tu adiós y de mi pena. Jamás lo olvidaré. Tú estabas enfadado y dudabas de mí. Yo quise darte celos; quise que tú me amaras como yo, y en vez de conseguirlo, te perdí.

La noche es cálida, la luna vaga por el cielo como una cautiva por la estepa solitaria. Tu silencio, y esta ansiedad

que me devora cuando miro tus labios entreabiertos; es el dolor de no ser correspondida, es la dicha de amar, es la muerte y la vida.

Página azul de un minuto de luz, embriaguez de luna y noche aromada de jazmín y penumbra. Lampo que pasa, temblor de estrellas, canción lejana que se pierde en las alas del viento. Desvanecida huella de una lágrima… eso fue tu amor.

Tus palabras de ternura tienen para mí color y forma, resonancia y aromas; se parecen a las notas de una triste guarania que hace asomar lágrimas a las riberas de mis ojos. Tus palabras de amor me embriagan como un vino de vid. ¡Qué sería de mí si me besaras!

Con la lámpara encendida, fumo mirando el techo. Sueño contigo, y tu recuerdo aligera la angustia de mi pecho. El humo se desenrosca, se anilla, se extiende, se mezcla con mi aliento. En la calle, bajo el silencio profundo de la noche, unos pasos perdidos… y en mi alma, como una flor celeste, tu recuerdo escondido.

Se abren las puertas del sueño, una dulce laxitud me envuelve y me transporta hacia un mundo nostálgico y distante. Me voy despetalando como una flor al viento.

Habitas en mí, luz de mi vida. Son tuyos los racimos maduros de mis besos. Saturada de ti, empapada de amor, trenzada a tus raíces, florezco de dicha entre tus brazos. Un pueblo de júbilos y gritos, de risas y canciones circunda mi

vivir. Parto de ti y retorno a ti, como la luz del seno de la noche. Eres mi vida.

No me fue difícil darme cuenta de tu amor, dulce bien mío. Querías probar la fuerza de mis celos y me envolviste de escenas provocadas. Querías verme sufrir; mi indiferencia estudiada te mataba. Engendraste mi encono, pero mis labios jamás dijeron nada. Yo sabía, mi bien, que tú me amabas.

Te aguardaba. La noche estaba triste y a lo lejos, las estrellas azules tiritaban. Yo era como un ocaso en llamas, te anhelaba. Mil vidas y mil muertes germinaban en mí. Yo te aguardaba, y de ansiedad y amor como una rama verde en suspiros florecí.

Si ya no tienes nada para mí, si no me amas, ¿por qué buscas mi voz?, ¿por qué me sigues como mi propia sombra? Si no quieres mis besos, mis caricias, ¿por qué, como la brisa de la noche, golpeas mi ventana? ¿Por qué vienes a mí si no me amas?

Estábamos los dos sumidos en silencio. Tú con los ojos bajos y las manos crispadas; yo, con el corazón alegre, alegre, mi dicha te ocultaba. El encono fulgía en llamas de tus ojos oscuros, tú me odiabas. Los celos y la rabia te amarraban. Yo me sentía feliz porque sabía por fin que tú me amabas.

Pálida y amarrada a mi dolor suspiro. No tengo ya tu amor, te perdiste de mí como la lejanía en la curva distante de un camino. Te perdiste de mí.

Amor mío, ¿quién puede saber si al final del otoño aún estaremos juntos? ¿Quién puede saberlo? Ámame ahora que mis dulces brazos son dos verdes juncos que a tu ser se anudan, y mi alma toda es lirio temprano. ¡Ámame! No aguardes que llegue el invierno ni nazca el verano, ámame ahora, que mucho te amo.

Desde que probé la miel rubia de tus labios, mis anhelos zumban en torno a ti como abejas golosas sobre los rostros de las flores silvestres. Estoy enamorada de ti, y celosa de los pálidos destellos de la luna que se deslizan sobre las sedas de tus cabellos.

Tu amor es la fiesta de mi corazón. Desde que tú me amas, hay campanas en vuelos en la catedral de mi pecho. Enajenas mi espíritu y me deslumbras como el zigzag del relámpago, rompiendo en mil pedazos las tinieblas profundas que florecen en mi ser.

Me anega la tristeza cuando tu rostro se oculta entre las sombras de la distancia, como la pequeña luna, redonda y triste, entre las nubes errabundas.

Me pondré una guirnalda de jazmines sobre la cabellera; me vestiré de luna para que tú me quieras.

Me doblo como el tallo de una flor bajo el céfiro suave de tus besos; tu amor me embriaga como un vino, y vuelan las palomas de mis ansias, picoteando tu amor como el corazón de una fruta madura.

Ribera de tus ojos

Estoy avasallada por los brillantes negros de tus ojos. Desde que tú me amas, me pregunto si existen la tristeza y la distancia. Hoy florezco de luz y me visto de esperanza.

Déjame que te mire bajo la luz muriente del crespúsculo lila. Déjame que te bese, quiero robar las luces que tiemblan alargadas en tus grandes pupilas.

Soy un sediento que se arrastra moribundo hacia el oasis de tu amor; tiéndeme tus brazos y aprisióname en ellos. Déjame morir sobre el espejismo de tu corazón.

En soledad con mi alma, saturada de música y empapada de ensueños, voy hacia ti en el expreso del recuerdo. Llovizna sobre mi corazón las notas celestiales de un *Nocturno* de Chopín mientras te pienso. Estás en mí como el soplo vital y vibras en mis nervios.

La distancia no existe. El recuerdo es diamante trizador de toda ausencia. Con los ojos del alma se acortan los caminos, se encuentran las miradas y florecen sonrisas en los tallos flexibles del recuerdo.

Ven a mirar la luna, luna redonda y triste, ven a mirar los besos que la fronda se da, las hojas en amores susurran en secreto sus sueños a la brisa que volandera va. Ven a mirar mis ojos, dos mundos enigmáticos; ven a arrancar mis besos y picotea mis labios como frutas maduras, llenos de miel están.

Agoniza la tarde entre los brazos del crespúsculo. Late aún levemente el corazón de la luz en el horizonte. Se tiñe de sangre el ocaso como las alas trémulas de una gaviota herida. Como una flecha, el silencio atraviesa el espacio infinito. A lo lejos se ven leves fosforescencias estelares. En complicidad con el recuerdo, me adueño de tu faz, como de una poesía aprendida de memoria; cierro los ojos y me abandono al embrujo de la evocación. Me aferro a tu recuerdo, eres para mí como el senderillo en el desfiladero de una montaña.

Te amo.

La llama invisible de tu amor se convierte en un incendio dentro de los canales de mi sangre. Te pienso mientras la luz se desvanece lentamente detrás de la colina del ocaso. Veo tu rostro y leo en él como en un libro abierto; tus ojos luminosos se abren como dos flores nocturnas sobre los lagos de tus ojeras, la púrpura de tus labios se entreabre como pétalos sedientos en el pálido ocaso de tu rostro. Tu rosto… libro abierto a la avidez de mis miradas. Tu recuerdo es para mí como una poesía aprendida de memoria, que se recita nostálgica bajo la luz muriente del ocaso.

Sola estoy con mi alma, piélago rumoroso, mundo desconocido de pétalos y alas, de soledad y olvido. Sola voy por la senda como un rayo de luna; soy fulgido destello, murmurio, sombra leve y temblorosa espuma. Soledad; qué palabra más bella, tiene la resonancia del agua traslúcida

que sonámbula corre en su lecho de gleba; palabra saturada de un aroma de selva, de capullo, de nido, rayo leve que fulge desde un cielo dormido.

Soy grito reprimido, grito desmoronado hacia el profundo abismo del olvido, grito de tallo roto florecido en estrellas y soledad marina, grito de alma adentro, de corazón herido.

Un día comprenderás. Yo no sé cuándo, pero comprenderás lo que fui para ti, lo que mi amor te diera. Será tarde tal vez; ya no estaré contigo ni escucharás mi voz. Nada sabrás de mí, solo que te he querido.

Será tal vez setiembre, enero o marzo. El sol de la mañana te envolverá en aromas, y un jazmín errabundo desprendido del tallo te traerá mi perfume, te envolverá un instante con el aliento vivo de su núbil capullo; y me tendrá contigo, aroma, flor, murmurio, y una nostalgia errante se clavará en tu pecho. Me llamarás en vano… Ya no estará contigo mi corazón deshecho.

No puedes engañarme, sé que me amas. ¿Cuántas veces, amor, he visto amanecer en tu rostro, te he visto florecer bajo mis caricias y bajo la neblina gris de mi indiferencia, sombrío como una noche de tormenta? Soy para ti la noche y el alba, agonizas y renaces con mis besos. Mi amor es para ti la vida y la muerte. Yo sé que soy tu luz y tu sombra. Tiemblas como una rama cuando mi voz te nombra.

Huyo de todos, acosada por la angustia, mordida por la soledad, herida por tu desamor. Siento florecer en mí el odio como una flor de fuego. Te amo demasiado y por eso te odio. Me estoy quemando como un campo sediento.

Te estoy odiando con amor infinito, que es llanto, dolor, celos, felicidad, deseo, nostalgia... nostalgia de tu ser, de tus caricias, de tus besos. Te estoy odiando, amor, te estoy odiando.

Descubrí tu dulzura como se descubre un paisaje en la curva de un sendero, y tu amor se abrió a mí como el capullo al viento, saturándose de aromas.

En la noche del tiempo

Entre ayer y hoy, la distancia es infinita. Lo que tuviste ayer no podrás volver a asir con las manos, sino con la imaginación y el recuerdo.

El tiempo no retrocede y las cosas perdidas entre sus raudas olas no retornan jamás.

Ayer es una palabra tremendamente triste, sobre todo si llevó en su raudo vuelo algo que nos hiciera muy feliz.

Hoy es un minuto fugaz. Hoy es algo que se nos va de las manos, como el aroma de una flor, y solo percibimos su belleza cuando el pasado nos muestra su etérea estructura, cuando sus alas surcan el espacio y se pierden sus luces hacia el horizonte inasible.

Vive hoy ese minuto, intensamente, porque mañana solo será ayer… y ayer es lo imposible, es lo que ya no puede ser.

Si no supiste saborear lo que la vida escanció entre tus labios, solo te quedará el amargo recuerdo de no haber sabido aprisionar ese minuto de luz, que al final del día muere como los celajes del crepúsculo, perdiéndose en la noche del tiempo.

Epitafio

Que escriban sobre mi tumba:

Aquí vive la que muere de amor en cada segundo, pues ya no existe en el mundo el hombre a quien ella quiere.


RIBERA DE TUS OJOS


M de Talavera

VIENDOME VIVIR

Cosas curiosas

Una noche de julio de frío y de llovizna, de paso por una ciudad donde me quedaba solamente por esa noche, conocí a un hombre raro, sombrío y taciturno, arropado en una capa negra.

Me lo presentó un poeta en el Sorocabana, donde habíamos entrado a tomar un café. Estábamos en barra y se pegó a nosotros.

Después de medianoche, al volver ya hacia casa, el hombre de la capa y yo nos despedimos. Yo iría a Asunción y él iría a Misiones.

Pero… al día siguiente lo encontré en el tren y se sentó a mi lado. Su rostro era sombrío como aquella mañana neblinosa de julio. Al comienzo callaba, pero de pronto habló diciendo estas palabras:

—Señora, ¿no sintió nunca usted algo así como un hilo que la atara a un ser desconocido?

—No, pero comprendo que puede ocurrir —le respondí levemente asombrada.

—Yo sí puedo atestiguarlo —dijo con un raro acento—, puedo hacerlo porque así estoy yo ahora, dese el momento en que la conocí.

Pensé que el hombre, viéndome viajar sola, iba a poner a prueba sus dotes de donjuán, pero me equivoqué, pues siguió diciendo:

—Anoche no pude dormir, tenía la necesidad de hablar con usted, tenía que hacerlo, era para mí algo de vida o muerte y aquí me tiene con mi pie en la confidencia.

Esto que voy a narrarle me aconteció hace muchos años…

La tarde en que conocí a Manuel Ortiz Guerrero

En el año 1938 murió Manuel Ortiz Guerrero, vale decir que comenzó a vivir para la eternidad.

Nadie que lo haya conocido o haya llegado a leer alguno de sus versos inefables podrá jamás olvidarlo.

Estas páginas no pretenden ser otra biografía ni ensalzar al poeta. No puede ensalzarse al que está demasiado alto ya.

Son recuerdos personales y los escribo para aquellos amigos que me acompañaron aquella tarde a la casa del poeta.

Tenía yo quince años cuando llegué a conocerlo, fue un acontecimiento que marcó época en mi vida y en mi corazón, ya que en mí comenzaba en aquel entonces a estremecerse el verbo; una necesidad de expresión, algo así como un fulgor muy leve, que más tarde habría de convertirse en llamas dentro de mi corazón.

Yo amaba a los poetas y a los escritores a través de sus obras y mi más ferviente anhelo navegaba con sus blancos velámenes desplegados, navegaba al viento hacia la playa feliz donde habría de toparme frente a frente con un poeta de verdad.

De ahí que jamás pueda olvidar aquella tarde de julio, cuando Facundo Recalde y Vicente Lamas —mis dos grandes

amigos— fueron a buscarme. Aquella tarde está grabada en mi mente con una claridad meridiana, como solamente puede grabarse lo inolvidable.

Nos encaminamos los tres hacia la casa del poeta; promediaba la tarde y yo sentía que mi corazón saltaba estremecido dentro del pecho como un pájaro loco. ¡Cuántas cosas imaginaba mi mente afiebrada de adolescente! Por fin conocería al poeta que había hecho vibrar las fibras más íntimas de mi alma sensitiva haciendo fluir lágrimas de mis ojos al influjo maravilloso de sus versos. No sé decir si conversamos o no por el camino, solo conservo el recuerdo de una extraña exaltación dentro del alma.

Sabía que el poeta estaba enfermo, que el destino, ese dios indomable, lo había apresado entre sus garras y que solo la muerte habría de libertarlo de la cárcel atroz en que se consumían sus horas.

Es terrible el minuto cuando el pensamiento ronda como una libélula sobre el jardín de un corazón lacerado. Iba yo al encuentro del poeta, poeta que se mostraba tan fuerte ante el dolor y cuyos versos armoniosos y sutiles habían abierto ante mis ojos un extraño paraíso de belleza, donde lo verde y lo claro tenían resonancia de saltarinas aguas.

No sé cómo transcurrieron los minutos hasta el instante en que llegamos frente al portón del poeta. Solo sé que vi avanzar hacia nosotros a Manuel Ortiz Guerrero por un angosto senderillo cubierto de césped. A mitad del camino

se detuvo, arrancó una hermosa rosa color sangre y me la ofreció con una amplia y acogedora sonrisa. Estuvo, pues, frente a mí. Por primera vez en mi vida miré su rostro y recibí su mirada azul y bondadosa.

Después, todo transcurrió como en un sueño para mí. Nos instaló bajo la sombra de una parralera, él también se sentó, pero de tal forma que yo no pudiera mirarlo. Yo escuchaba su voz de una dulzura indecible, y sentía desprenderse de su persona un extraño fluido magnético que nos mantenía casi en suspenso. Era extraña la sensación que experimentaba en aquellos momentos.

Sabía hilvanar las palabras maravillosamente, penetrando hasta el fondo del alma como rayos de un sol incandescente. Embriagaba la resonancia de su voz, de una extraña dulzura, voz cantarina y aterciopelada. Sus palabras eran pausadas, suaves y armoniosas, saturadas de experiencia y de entusiasmo.

Aún no había leído mis versos y, sin embargo, se mostraba pletórico de interés, estimulándome como solo saben hacerlo los que llevan en el alma la llama sagrada.

No pude reprimir mi anhelo de mirarlo una vez más y volví los ojos hacia él. En ese instante reían sus hermosos ojos azules y se dibujaba una sonrisa sobre sus labios carnosos. Aún hoy, al cabo de dos lustros, veo su rostro y su sonrisa tal como mi mirada las abarcó entonces. Era un hombre medianamente alto, de mejillas rojas, donde el mal sin remedio

había aparentado sus reales; sus manos nerviosas y viriles se alzaban con un gesto suave, como palomas en vuelo. Sus ojos, tan azules como pedacitos de piedras brillantes, fulgían en su rostro como una extraña llamarada celeste. Y por sobre toda esa imagen resonaba la música inolvidable de su voz. Sentía que mi exaltación, que trataba en vano de reprimir, casi me dolía como una herida oculta.

¿Hace falta que diga que me sentí dichosa de encontrarme frente a un gran poeta, un poeta lírico, de auténtica fibra soñadora, con un alma de jilguero, a quien le habían robado la libertad por cantar mejor?

Mi nave había llegado al soñado puerto. Me encontraba ante un poeta de verdad. Tenía frente a mí a Manuel Ortiz Guerrero, el abanderado de los versos alados, el que supo cantar a la vida empapado de panteísmo, con un alto espíritu besado por las voces de todas las estrellas. Desde entonces, su rostro me es inolvidable; como si una mano invisible lo hubiese esculpido dentro de mi alma. En el mundo de mis recuerdos veo con frecuencia su cabeza un poco marchita que no atestigua cansancio, sino hábito de meditación.

Escucho su voz musical, que solo supo traducir belleza; y veo su mano tendida ofreciéndome la rosa, simbólica, cuyo perfume no habrá de morir en mis recuerdos.

Algo florecía en mí

Hoy me he sentido cerca de Dios y de la naturaleza, después de contemplar largamente el cielo azul sereno, salpicado brevemente de nubecillas blancas, que cual dóciles mojadas de ovejillas se dejaban manejar por la brisa suave y acariciadora.

Las flores del jardín, adormecidas en las cimas de sus ramas, se balanceaban, hamacándose en el viento, que, al acariciarlas les robaba el aroma sutil con que Dios las ha engalanado.

Quietud en el espacio y quietud dentro del alma. Yo navegaba en mi esquife de ensueño, endurecida por la quimera y sentía dentro de mí una extraordinaria paz, que ahora no sabría decir si fluía de mí o de la naturaleza exuberante y embriagadora.

Algo grande florecía en mí, como si toda yo fuese llama celeste.

Más quiero ser de Dios

Amor

El amor es principio inagotable de existencia. Alma de la naturaleza y potencia soberana que todo lo puede, y contra la cual, nada se puede, por lo que todo obra, todo respira y todo se renueva.

Divina llama, germen de perpetuidad, precioso sentimiento único que dulcifica los corazones helados, inundándolos de suave calor.

El amor es una estrella que fulge en el cielo y cuyos divinos reflejos irradian hasta nosotros.

No me dejes

Tú que con infinita bondad inenarrable me mostraste el sendero lleno de ese humilde fervor maravilloso del amor verdadero, el amor que desborda como agua de acequia para dar al sediento una palabra amable, un gesto, una mirada, un haz de sentimientos.

Tú que con tu infinita y perenne paciencia me enseñaste la lumbre que titila a lo lejos por el sendero estrecho que lleva hacia tu cumbre y pusiste en mis labios la palabra elegida para dar un consuelo al que perdió su senda, su brújula divina que nos conduce al cielo.

Tú, mi Dios, que me diste la pauta luminosa de tu andar silencioso entre todos los seres que creen hallar luz y en la luz se enceguecen, que tienen la soberbia de ser dueños del mundo y en su abismo perecen.

Tú que a mí me enseñaste que el oro nos destruye, nos deja sin esencia, nos roba la belleza de las cosas más puras que nos da tu presencia; nos endurece el alma y nos veda el sendero que la piedad nos marca.

¡Oh, mi Dios, no me dejes! Minuto por minuto mi vida entera abarca. Llénаme de las dulces enseñanzas cristianas que nos da tu Cordero; el que da a manos llenas el agua transparente del amor verdadero, el amor que redime, que perdona, unifica y allana los caminos, que entreabre los broches y regala al que sufre su perfume divino.

Tú, mi padre, que hiciste que mi ser comprendiera lo que sufre el hermano que olvidó tus preceptos y no prendió su lámpara, que conduce al arcano y camina perdido entre el caos terrible que arrolla la existencia, que oscurece su mente y le veda escuchar la voz de su conciencia, donde Tú en presencia, en sustancia, en pureza nos muestras la belleza, el color, la fragancia, la sublime certeza que vibra y se estremece en todo el universo donde tu amor germina.

¡Tú eres el principio, eres el uno, el todo, el que jamás termina! El que nos da la vida, el supremo y divino manantial constante del perdón, la paciencia, la dulce tolerancia.

¡Oh, Padre! No me apartes del Cordero Divino, que me da la fragancia de las flores más bellas, más humildes y puras por el largo sendero bajo un cielo celeste donde brilla temblando mi pequeño lucero.

¡Oh, mi Dios! En mi alma resplandece tu lumbre y me das el consuelo de pensar que he de verte cuando mis leves alas remonten hacia el cielo.

Tú que en todas las cosas me muestras tu presencia y me arrulla tu voz. Tú que nunca me dejas ni en la luz ni en la sombra ¡mi dulce y tierno Dios! Tú que me dices quedo, en lenguaje de flores tu voluntad divina, cicatrizas mi herida, me confortas, me velas y me arrancas la espina que hace sangrar mi alma cuando el dolor me azota con furia despiadada.

Tú que me das palacios, universos enteros que surgen de la nada y esparces el aroma de los lirios más puros por mi largo sendero, mostrándome el camino que conduce sin duda hacia el amor sincero, el amor que no pide, sino que da su dulzura sin buscar recompensa; el amor sin fronteras que borbota perenne, silencioso e inmenso inundando mi vida, mi sentir, mi conciencia, mi pequeña pradera donde abren sus capullos el perdón, la paciencia, humilde y verdadera.

Tú, mi Dios, que me asistes en las horas oscuras mostrándome tu luz, y me das fortaleza para aguantar sin quejas el peso de la cruz.

Tú que me fortificas, me consuelas constantemente al correr de los días y pones una gota de miel entre mis labios en las horas sombras; yo que todo te debo porque tú me enseñaste a comprender las cosas, y a recibir las penas con la misma sonrisa, como si fuesen rosas, y buscar el silencio donde vibran las voces de infinitos rumores y nos dan sus aromas sin interés alguno tus celestiales flores.

Tú, mi Dios, que me pruebas y me quitas las cosas sin trascendencia alguna y alejas de mis manos las cosas materiales que nos dan la fortuna para ver si protesto, si sollozo vencida por tan fútiles cosas, sin comprender tu tierna asistencia perenne, divina y milagrosa.

Tú, mi Padre bendito, que me diste riquezas que no tienen fronteras, un mundo de belleza, de fantasías azules, jardines de quimeras; que hiciste que brotara agua fresca y bendita de una roca cualquiera para saciar mi sed de azul y de infinito antes de que me muera.

Yo que todo te debo porque nunca dejaste mi jardín sin aromas y detrás de mis penas como un rayo de sol tu alegría se asoma para darme la pauta de que en todas las cosas tu voluntad se impone; amanece y más tarde el sol maravilloso quietamente se pone su nueva vestidura detrás de los vellones de ese cielo lejano, que cada día nos muestra el camino enigmático que nos lleva al arcano.

¿Qué debo hacer, mi Dios, para darte esta chispa pequeñita, azulada, que en el fondo del alma sueña hallar, venturosa, tu divina morada?

Yo tuve la certeza de que un día vendrías con tu andar silencioso y borrarías todas las penas pasajeras del camino espinoso que por amor me diste para que comprendiera lo mucho que me amabas y que, por eso mismo, me imponías la prueba y en mi ser exhumabas lo que yo misma nunca jamás imaginé que existiera en mi ser; es que tú desentierras las cosas más profundas que nadie puede ver.

Nos diste tantas cosas, pero nuestros sentidos nunca las percibieron y por la noche larga y entre las bagatelas fugaces se perdieron de nuestra percepción. Mi Dios, ¡cuánta belleza y amor me regalaste!

Yo viví de la gota del rocío celeste que en mi alma escanciaste y me asombra tanto que estuviera siempre caminando a mi lado aquel que por los hombres de este mundo insolente fuera crucificado.

Hoy todo lo comprendo y una lluvia de estrellas ilumina mis noches. Me aroman los jazmines, me acarician las brisas, se entreabren los broches.

Padre mío, hace mucho, ya no llevo la cuenta, me diste una misión y yo, torpe, tropezando, palpando las tinieblas, busqué tu bendición, te supliqué cordura, amor, discernimiento, luz y resignación y tú fortificaste con tu bondad constante mi débil corazón; me diste muchas cosas y de día y de noche me cubriste de amor.

Me dijiste en silencio con tu palabra queda que no esquive el dolor, que acepte tu designio y derrame en las almas tu divino fulgor, que diga una palabra de amor y de consuelo al que busca tu luz y ayude al que no puede soportar y llevar su cruz.

Me mostraste la inmensa soledad en que vive la torva multitud y en el silencio inmenso de la noche bendita me ungiste de quietud para que percibiera las cosas más sutiles que vibran en rededor, y capté silenciosa el palpitar tremendo del ajeno dolor, derramé una gota de miel sobre los labios del hermano menor, que camina perdido por la noche terrible sin hallar tu fulgor.

Me pediste que diera tu amor inigualable al que mendiga el pan y que ninguna fuerza me apartara un instante de ese constante afán.

Llegaban primaveras, pasaban los inviernos, florecían las rosas, y mis cinco sentidos percibían las voces más leves, silenciosas, que pedían consuelo, que buscaban la senda para llegar a Dios; yo me aferré vehemente a tu amor infinito y me aquietó tu voz.

Afronté los caminos donde abundan espinas y me entregué a tu amor; tú me sonreías y yo, por adorarte, no sentía el dolor que al correr de los días me seguía en silencio, como mi propia sombra; y en vez de andar llorando, busqué tus dulces brazos, me convertí en alondra y canté las canciones que me enseñó la aurora, la flor, la luz, el viento, las aves, las abejas y el alma de las horas que vuelan presurosas llevándose cada día algo de nuestras vidas, enseñando que nada perdura eternamente y que nuestras heridas serían pasajeras como todas las cosas que regala el mundo; y que nada es más dulce, más tierno y más suave que ese fervor profundo que diste a tus rebaños, que a veces no comprenden ese infinito amor que derramaste siempre sobre todos tus hijos, mi Divino Señor.

Yo suplico que vuelvas tus benditas miradas sobre esta confusión que arrolla nuestras fuerzas y nos lleva, maligna, hacia la perdición; la oscuridad avanza, atropella y desgaja, ¡anula la razón!

¡Piedad para tus hijos! ¡Piedad para este mundo! ¡Te suplico perdón!

Haz que el alba descorra su cortina divina y derrame su luz para que el ciego vea, el muerto se levante y soporte su cruz.